

Amores perdidos

Estudiamos juntos en el instituto – Yo era la empollona y él el divertido y campanero. Casi no mediamos palabras en esos cursos que nos mantuvieron en la misma clase, tan solo lo indispensable- A veces me pedía un trabajo o un deber con su sonrisa fácil y sus ojos claros. Cómo negárselo.

Yo era la chica solitaria, flacucha y con complejo de fea, con mi cola de caballo baja y mi flequillo como cortina ante los ojos.

Nuestros caminos no se podían cruzar.

Ni me importaba demasiado, la verdad.

Llevaba además una sección de poemas en la pequeña revista del instituto en la que siempre acababa con unos versos de Neruda, sobre todo algunos de la antología *Veinte poemas de amor y la canción desesperada*.

La había titulado “la noche está estrellada y tiritan poemas a lo lejos”.

Unas veces comentaba un poema “Me gusta cuando callas porque estás como ausente,”por ejemplo, otras yo escribía alguno.

Me quedé en Valladolid, en la universidad, cerca de mis padres y trabajando esporádicamente para no ser demasiada carga para la economía familiar y él marchó a Barcelona a estudiar curiosamente la misma carrera que yo, periodismo.

El destino jugó su baza y años después los dos estábamos trabajando en el mismo diario de una pequeña ciudad catalana.

Él estaba más maduro, quizás más atractivo de como lo recordaba, pero a mí no me interesaba.

Mi trabajo lo era todo. Tenía aspiraciones. Muchas.

Poco a poco nos fuimos haciendo amigos. Formamos un buen equipo.

Muchas veces nos quedamos a tomar un café o una copa al cerrar la edición. Seguía siendo divertido y sus ojos color ceniza eran ahora, algo más oscuros. Me acostumbré a su compañía. A sus roces despreocupados en el brazo o en la mano.

Le había dejado claro que no me interesaba ninguna relación. Tenía proyectos, grandes proyectos, valoraba su amistad. Nada más. Y él lo aceptaba así.

Una noche, me acompañó a casa.

Cuando llegamos a mi portal, se inclinó levemente a mi oído y me dijo, "la noche está estrellada y tiritan azules los astros"...

Sonreí y recordamos la revista y mi sección.

Me dijo que siempre la leía y que las guardaba todavía.

Durante tres años aunque él salió con algunas muchachas, siempre me acompañó a casa al salir del trabajo. Como una rutina, como parte del final de la jornada.

"La noche está estrellada y tiritan, azules, los astros a lo lejos", me susurrabas cada noche al despedirte.

No estaba enamorada de ti. Y lo sabías. Y yo me lo repetía cada vez con más frecuencia.

Una noche me dijiste que te ibas. Te habían aceptado en Madrid, en El País.

Después del verano dejaríamos de vernos.

Lo celebramos. Me alegré por ti aunque te notaba algo retraído y taciturno.

Esos dos meses previos a tu marcha te sorprendí en ocasiones mirándome cuando creías que no te veía.

Quizás te volviste menos hablador, pero el poema seguía intacto cada noche en tus labios.

A veces los dos recitábamos a la vez algunos versos.

No sé por qué le tenía yo tanto cariño a "*la canción desesperada*" de Neruda.

O era tu voz declamando fragmentos.

Pasó el verano. Te fuiste.

Ya no estás.

Otra chica, recién titulada, ocupa tu lugar. Trabaja con ilusión y tiene madera.

Nos llevamos bien.

Me han ascendido y he recibido algunas ofertas de otros periódicos.

Pero tú no estás.

Nadie me acompaña a casa.

Me arrebujó en el abrigo. Este otoño parece más frío que nunca.

Miro el cielo. La noche está estrellada y tiritan azules las estrellas. Yo también tiritito de pronto.

Busco tus ojos cálidos en la noche, pero no estás.

No estás y me faltas.

Releo el poema en la soledad de mi habitación y te imagino recitándomelo al oído. Rememoro tus miradas, tus roces suaves en mi mano...

Me doy cuenta, ahora, de que te quiero junto a mí.

"la noche está estrellada y tiritan azules los astros a lo lejos...."

A lo lejos. ¡Tan lejos!

Cojo el móvil. No te dejo hablar.

-Por favor, necesito que me recites el poema de Neruda. Cada noche.

-Todas las noches de mi vida, amor: "El viento de la noche gira en el cielo y canta"

Rafi Bonet